

LA MUJER EVANGELIZADORA

El tema de la mujer en la Iglesia ocupa un amplio espacio. Ella no solamente sigue teniendo funciones que la naturaleza le ha dado, madre, esposa, preocupada por las cosas de la casa, sino que, además de sus actividades públicas, está ocupando un lugar importante en la Iglesia: catequista, evangelizadora, lectora, etcétera. Funciones que las autoridades eclesiásticas le van confiriendo y pidiendo, para su mayor participación en la sociedad civil y en la Iglesia¹. Surge la pregunta sobre qué lugar ocupaba el tema de la mujer evangelizadora en la época de los Padres de la Iglesia. No se puede exigir de ellos los mismos conceptos que actualmente la mujer ha llegado a merecer, pero encontraríamos muchos elementos en su favor, mediante una detenida lectura de los escritos de los Pastores de la Iglesia en los primeros siete siglos².

1. La mujer en la sociedad pagana y en la judía

En los primeros siglos del cristianismo y en el área geográfica oriental, las estructuras sociales son predominantemente masculinas. La mujer es dependiente del hombre en las leyes de Manou, Solón, Levíticos, la legislación romana o el Corán; este último presenta a la mujer casi como una *esclava*, una cosa, más que un ser humano. Ella, lamentablemente, no goza de ningún poder jurídico, social ni religioso; tiene que aceptar al hombre que la familia le indique sin su libre consentimiento; puede ser repudiada con cualquier pretexto (Ex 20, 17; 21, 15 y ss.). Su actividad se reducía sobre todo a la casa: crianza y educación de los hijos, limpieza, servicio humilde y silencioso, obediencia casi ciega al marido; coartada en su libertad de persona

¹ Documentos del magisterio de la Iglesia sobre la participación de la mujer en la Iglesia, en la sociedad y su responsabilidad en la familia. Documentos del Vaticano II y posteriores.

² Existen muchos estudios de distinta orientación e interpretación sobre el hombre a lo largo de la historia del cristianismo, pero faltan sobre la mujer. Hay muy pocas publicaciones acerca de la dignidad de la mujer, de la igualdad, etc., en la historia.

humana, a menudo castigada o marginada. Parece haber excepciones en algunas sociedades (hebrea, griega, romana) donde la mujer aparece a la par del hombre. Mujeres heroicas que luchan por su pueblo, por una causa digna de la sociedad (Judit, Ester, Rut, etc.). En Atenas, la mujer llega a la plena libertad e independencia; en Roma, la "matrona" es la mujer respetable, influyente, preparada intelectualmente. Gozan de cierta autonomía jurídica y moral, y hasta participan de la vida pública y militar. No siempre han podido conservar los derechos conquistados, a causa de la reacción del hombre que inmediatamente ha buscado dominarla y reducirla a la situación doméstica: "La mujer sabia construye su casa; la necia, con sus propias manos la destruye" (Pr 14).

II. La condición de inferioridad de la mujer

La mujer aparece en la literatura cristiana y en la pagana, como un ser inferior al hombre, del cual recibió la vida. Ella tiene que padecer, como condición de existencia, la sumisión al hombre. Ella es la expresión de la debilidad, de las faltas del hombre. Es la parte frágil, inferior, incapaz de inteligencia especulativa; es bella, pero maléfica en potencia: continuamente amenaza la libertad y la actividad del hombre. El hombre es presentado como el principio del bien, del orden, de la luz, de la fuerza; la mujer, al contrario, es el principio del mal, del caos, puerto del diablo, la más fácil tentación del demonio; "bendito eres tú, Señor, que no me has acercado una mujer", "la mujer que me diste, me dio el fruto del mal". Lamentablemente, la mujer, en su condición de inferioridad respecto del hombre, es presentada como un ser maldito de Dios; una carne de tentaciones. La literatura abunda en prejuicios hacia la mujer. El hombre se encuentra sin defensa ante la tentadora, pérfida, orgullosa, vanidosa; es despreciable por su condición de inferioridad, de cuerpo y espíritu (*Testamento de los Doce Patriarcas*, PG 2, 1043). Se llega a decir que la mujer mantiene una secreta convivencia con el demonio (Juan de Lycopolis, *Vida de los Padres del desierto*, 4)³.

No todos los escritos presentan a la mujer como un ser temible para la libertad del hombre. La mujer tiene su propia historia, que no

³ San Justino, decía: "Los ángeles, traspasando este orden, se dejaron vencer por su amor a las mujeres y engendraron hijos, que son los llamados demonios" (*Apologeta* II, 5). Este texto nos transmite el bajo concepto que tenían algunos escritores cristianos sobre la dignidad de la mujer.

es otra que la de la humanidad sumergida en la lucha entre el bien y el mal. La mujer es aquel ser simbólico, Eva o María: tentadora o salvadora. La mujer es el ser que primero encuentra la reconciliación con Dios.

Ella es la evidencia de nuestra grandeza y de nuestros errores. Ella ocupa un lugar privilegiado en los planes de Dios. Si bien por una parte es pintada como un ser débil, frágil, por otra parte es capaz del gran don del amor de Dios que se dona al hombre, no como un ser maldito, sino como un ser de salvación. Aparece el tema de la mujer perfecta, la que ha superado su sexo. La que ya no es mujer en su espíritu, sino igual al hombre ante Dios. Aquella que practica la virtud y se compara al hombre, símbolo de la fuerza (Tertuliano, Pedro Crisólogo, Clemente Alejandrino, san Juan Crisóstomo, san Gregorio de Nisa, san Agustín, etc.). La idea de fragilidad atribuida a la mujer, se transforma; ahora es virtuosa, fuerte, perfecta, igual al hombre.

III. La dignidad de la mujer

Si bien la mujer siempre luchó para conquistarse un lugar en la sociedad, dominada por el machismo, para conseguir el respeto a su dignidad humana, no fue muy fácil, ni siquiera en las sociedades mencionadas. Sólo la clara actitud de Jesucristo hacia la mujer, revolucionó el concepto de la misma. El Señor habla con mujeres (Jn 4,27), permite que lo acompañen; ellas permanecen con los Apóstoles. Pero se necesitaron siglos hasta llegar a conceder a la mujer el lugar que el Creador le había asignado.

La mujer, pues, es un ser, no una cosa; tiene su forma de existencia, que recibió del Señor: ella contiene en sí un don misterioso de relación con Dios, con los demás y consigo misma. Lamentablemente sufrió, a causa de los hombres, las deformaciones históricas de las cuales ella sola es la víctima. Conserva, entonces, en su ser, el don de transmitir la vida y de los carismas espirituales, algo sagrado. La mujer prostituta (Ap 17) es aquella que profana y degrada la propia femineidad, la esencia religiosa de su ser. Al desnudarse, se desencarna del misterio de mujer-madre. Lleva el "velo" (1 Co 11, 10), signo de lo sagrado, de vivencia de los carismas de la maternidad y la virginidad. Entre Adán y Eva hubo una ruptura de complementariedad; la reconciliación tiene que realizarse en la "nueva mujer", siguiendo el ejemplo de la Madre de Dios. La mujer es la gloria del hombre, es su fuerza moral y espiritual, es la ayuda para comprenderse y obrar,

según el propio ser de cada uno. La mujer completa al hombre. Ella tiene el carisma divino de la generación del hombre, escondido en su corazón. El instinto materno lleva a la mujer a olvidarse de sí misma y preocuparse por los demás (Gn 2, 1 y ss). Ella se entrega por el débil, el hambriento, el sediento: amar es satisfacer una necesidad del prójimo. La mujer es la figura de Dios-Padre capaz de "locura" para confundir la sabiduría humana y amar al hombre en su condición existencial⁴.

IV. La mujer evangelizada

Los Padres no condenaron a la mujer, pero han tratado de evangelizarla, desde su estado de débil, arrogante, pérfida, dominada por una sociedad machista, para llevarla a la dignidad, que le dio el Creador. Condenada a pasar toda la vida en su casa, por desconfianza, comienza a ser considerada igual al hombre en el plano moral y en el espiritual. Los Padres empiezan a enseñar que ella tiene derecho al estudio y la meditación de la Sagrada Escritura. La exhortan al estudio, lectura y oración (*Constitución Apostólica*, 1, 5, 6; san Gregorio de Nisa; Orígenes). Ellos enseñan a las mujeres el canto de los salmos y otras melodías religiosas. El estudio y la meditación de los Libros santos permiten a las mujeres aprender las grandes verdades dogmáticas (en Roma las mujeres generalmente eran más preparadas que los hombres). San Agustín evangeliza a Paula, escribiéndole un tratado sobre la oración y la visión de Dios. San Jerónimo, por deseo de las mujeres devotas y oyentes, explicaba la Sagrada Escritura en Jerusalén. Estas mujeres estudiaban griego, arameo y hebreo para comprender mejor la Biblia (*Carta 77*). San Agustín se admiraba de la profundidad espiritual de las devotas, llamándolas "fuente de sabiduría". Los Padres tuvieron una gran preocupación pastoral por evangelizar a la mujer, sabiendo la gran obra que ella podía realizar en la familia o en su entrega total a Dios⁵.

Si bien los Padres dejaban a un lado la posición jurídica y civil de la mujer de su tiempo, dieron gran importancia a su vida interior, sabiendo que, convirtiéndose ella, era capaz de lograr grandes cosas en la sociedad y en el bien. Enseñaban la búsqueda de belleza interior, sobriedad, modestia, discreción. Los ojos demasiado curiosos son

⁴ W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México, 1965.

⁵ P. EVDOKIMOV, *La novità dello Spirito*, Milán, 1979, pp.255-264.

siempre ocasión de pecado: "Evitad las miradas" (S. Agustín, *Carm.* I, II, 29, 312). La mujer tiene que ser grave, modesta, de poco hablar, discreta en la sonrisa (Metodio de Olimpo, *El banquete de las vírgenes*, 5 discurso, 4, 226). La prostituta, en cambio, se conoce enseguida por su modo de caminar desordenado, por su manera de vestir, su hablar ligero, superficial. La mujer cristiana trasmite paz, serenidad, firmeza, humildad, sencillez en los vestidos, "Las mujeres tengan por gloria hablar lo menos posible de sí mismas o de otras, en bien o en mal" (S. Gregorio Nacianceno, *Carm.* I, 2, 29, 4). La mujer es el signo de la interioridad espiritual y la vivencia de la verdadera humanidad, y no del revestirse de la máscara de cosas mundanas. La mujer es toda seducción y tiene armas poderosas para hacer caer al hombre, mediante la coquetería (*Pseudo clementinas*, Homilía 3, 27). La seducción hizo caer a Adán. La belleza de la mujer es para hacer caer en el pecado al imprudente. La mujer que luce la belleza física, vistiéndose lujosamente, maquillándose, es la que ofende la obra creadora de Dios, creyéndola imperfecta (san Cipriano).

La mujer que busca la belleza física, hace una ostentación de orgullo y vanidad para dominar al hombre. No se debe lucir la belleza física, sino la interior: bondad, amor, sacrificio, moderación, dulzura, misericordia, etc. (san Juan Crisóstomo, *Tratado sobre la virginidad*, 63).

La mujer se arma de la trampa de la arrogancia para seducir. El orgullo es común en todos los hombres, pero muy fuerte en la mujer, a causa de la debilidad y fragilidad de su sexo. Busca elevarse con todos los medios pérfidos, aun contra la armonía natural, buscando dominar al marido, ejercer el poder tiránico y de terror en la familia y en la sociedad. La vez que la mujer quiso mandar sobre el hombre, cometió un grave pecado, transgrediendo la ley de Dios (san Juan Crisóstomo, *17 Homilía sobre el Génesis*, 4). Al contrario, la mujer humilde, libremente sumisa, encuentra la armonía, la igualdad matrimonial y humana. Ella, de la arrogancia, se convierte en la dulzura, alegría, armonía y fortaleza en la familia (san Juan Crisóstomo, *20 Homilía sobre los Efesios*, 2).

Los Padres han buscado evangelizar a la mujer, fundamentándose en la Sagrada Escritura, haciendo comprender que la grandeza de ella, dentro de su debilidad, está en su dignidad de creatura de Dios. La grandeza en la debilidad se encuentra en la dialéctica continua de vivir el espíritu evangélico y la dignidad humana, sin la necesidad de la diabólica degradación humana, para reafirmarse en su ser; liberarse continuamente del pecado para caminar hacia el

misterio de la salvación. Comienza entonces el desarrollo de la inteligencia, de la fe y del amor, de la vida interior. Del orgullo a la ternura; del pesimismo feminista y seductor a la fortaleza y el coraje interior. La mujer es un ser capaz de redención, de conseguir grandes victorias interiores (Orígenes, *13 Homilía sobre el Génesis*, 3). La debilidad de la mujer no está en su esencia, sino en su existencia, indefensa y explotada por el hombre. Ella está llamada a grandes cosas; "Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia" (Rm 5,20). Eva es la figura del pecado; María, la figura de la gracia (S. Ireneo de Lion, san Justino, etc.).

Los Padres han meditado abundantemente sobre el tema del paralelismo entre Eva y María, y las consecuencias que trajo sobre la humanidad. La mujer es presentada como el sexo débil, pecador, en su contextura existencial, pero capaz de transformarse en el sexo fuerte, con la vivencia de la virtud⁶. Las mujeres fueron las primeras en participar del misterio de la salvación: "El Señor primero apareció a las mujeres y ellas fueron a anunciar a los Apóstoles" (san Jerónimo, *Comentario sobre el profeta Sofonías*, 1). Ellas fueron evangelizadas primero por el Señor, para luego cumplir la misión del misterio de la salvación. La mujer, por su dignidad maternal, es comparada a la paternidad de Dios. El amor de Dios hacia los hombres, es el de la madre hacia su hijo, débil, pequeño: con amor lo abraza, lo acaricia, lo alimenta, lo viste, lo socorre, para que el hijo se sienta tranquilo y feliz al lado de su madre. Eva es la madre de los hombres y María es la Madre de Dios. El Señor no puede amar sin donarse; así, la madre no puede ver sufrir sin donarse. La maternidad se mide por el amor hacia los demás (san Clemente de Alejandría, *Quis dives salvetur?*, 27). El amor verdadero de la mujer no está fundamentado en el apetito sexual, sino en la necesidad de donarse a los demás, en olvidarse de sí misma; así vive y siente su maternidad. La Madre de Dios es entonces el ejemplo para la mujer evangelizada en los Padres. Buscar la plenitud de "madre-virgen" (san Agustín, *Sobre la santa virginidad*, 2 y 6). En el plano espiritual, la mujer es igual al hombre; "La virtud de la mujer y la del hombre son la misma virtud, una misma naturaleza de conducta" (san Clemente de Alejandría, 8, 260). Muchas mujeres han luchado tanto como los hombres y han demostrado la misma decisión de los hombres (PG, 82, 1489). Los textos nos dicen: "la mujer está ligada ontológicamente al misterio del Espíritu Santo", "el diácono toma el lugar de Cristo y la diaconisa, el lugar del Espíritu

⁶ P. EVDOKIMOV, *La mujer y la salvación del mundo*, Costerman, 1958, p.151.

Santo" (*La Didascalía*). Ella es la fuente de la *caridad divina*. El paralelismo entre Eva y María se refleja en la debilidad del amor (san Justino, *Diálogo con Trifón*; san Ireneo, *Contra los herejes*, 3, 224). La mujer que anuncia la salvación al hombre, cumple una misión especial en la historia de la salvación de la humanidad (san Gregorio de Nisa; san Agustín; san Juan Crisóstomo). Ella no se cambia de sexo ni se viste de machismo, sino de virtudes, y pasa de la condición de débil a ser igual que el hombre y prelude en el estado de los ángeles, condición futura de la humanidad entera (san Clemente, *Stromata*, 4,4). El sexo pertenece a un orden provisorio, temporal, tiene que ser superado en el camino peregrinante hacia la eternidad, viviendo la plenitud de la inteligencia de la fe⁷. La armonía entre el hombre y la mujer se rompe a causa del pecado; tiene que volver a realizarse la unidad de *una sola carne*: "Ella, aunque se quede en la casa o salga a trabajar, lucha espiritualmente, trabaja en favor de la Iglesia; ella vigila, cuida al marido y lo ayuda cuando tiene que librar luchas y fatigas" (san Juan Crisóstomo, *Carta* 170).

V. *Eva-María*

En el mundo grecorromano hubo mujeres que realmente superaron sus propias condiciones de fragilidad y revistieron la vivencia de la "virtud"; pero no tenían una mujer ideal, un modelo para imitar y tomar como ejemplo. La imagen de Eva, como tentadora, pecaminosa, etc., era común en la literatura oriental; sólo el mensaje cristiano revolucionó la concepción de la mujer pagana. Cristo habló con las mujeres y les permitió seguir junto con su Madre, la Virgen María. Los Padres de la Iglesia han hecho un paralelismo entre las dos mujeres, como dos personajes históricos, una del camino del mal y otra del bien. Eva, la mujer desobediente, atrajo la muerte, la rebeldía, etcétera. María, en cambio, la salvación, mediante su obediencia de fe a la voluntad divina. Es verdad que no hay que olvidar el contexto histórico y cultural de la época, que ha influido sobre el pensamiento de los Padres. Es un dato histórico que la mujer en el mundo griego, romano, judío y cristiano fue considerada inferior ante el hombre, por lo cual era reducida a los quehaceres domésticos, sin negar su dignidad como persona humana e igual ante Dios. La novedad

⁷ V. MATTIOLO, *Aspetti della femminilità nella letteratura classica, biblica e cristiana*, Roma, 1983; P. Evdokimov, *op. cit.*, p.121.

evangélica implicó un cambio muy fuerte e importante con respecto a la mujer en los conceptos teológicos de la salvación.

La figura Eva-María presentaba dos polos entre los cuales se movía el discurso sobre la mujer. Eva: la imagen de la mujer colocada en un plano de inferioridad, de sometimiento, de fragilidad, despreciada, causa de todo mal del hombre; María, en cambio, imagen del Evangelio con la que cada mujer era llamada a identificarse, acercándose a la vida oculta y religiosa. La Sagrada Escritura presenta a la mujer no tanto en el plano socio-cultural, sino en su aspecto interior y espiritual (1 Tm 2,9-15, etc.).

La mujer cristiana no puede seguir viviendo como la pagana, su vida es distinta a la de la otra (san Clemente Alejandrino, *Stromata* 2, 146 y ss; *Pedagogo* 5,56, 1-2; san Jerónimo, *Carta* 148,25-27; san Juan Crisóstomo, *Catequesis* L, 34-37, 38). La Madre de Dios es el modelo perfecto de santidad, como "virgen-madre". Ella es la corona de fe en el camino hacia Dios, es la entrega completa a la voluntad divina, con y por amor al Señor, pronuncia el "Fiat" del misterio de la salvación del hombre. La Virgen María se convierte, de esta forma, en modelo de la entrega amorosa a Dios y al prójimo, inmaculada de todo pecado personal. La mujer que practica la virtud de la pureza, el camino de la ascética, el sacrificio, obtiene la maternidad espiritual; es madre, es la atleta de Jesús. La mujer, débil por naturaleza, en María y mediante la práctica de las virtudes, consigue las fuerzas espirituales, comunes al hombre. Ella, con la inspiración del Espíritu Santo, con la colaboración de la gracia, es capaz de enfrentar sufrimientos, dolores, muerte, torturas, enfermedades, sin perder fuerza interior. Las mujeres mártires son ejemplos: revestidas de la fuerza sobrenatural, transforman su debilidad en fortaleza y con coraje enfrentan la muerte violenta (ver los martirios de Perpetua, Felicidad y otras).

El Señor sufrió el martirio de la cruz; también la mujer es capaz de sufrir y ofrecer su vida en sacrificio para salvar, recuperar al hermano perdido. Los Padres presentan a la mujer en una nueva dimensión espiritual. El martirio de la muerte violenta y el martirio cotidiano, del morir todos los días al pecado, a las pasiones, para resucitar con Cristo en una "nueva creatura" (Rm 6); el martirio de todos los días, visto por el apóstol Pablo (1 Co 9,24-27) y reclamado por los Padres, como madre, esposa, educadora de sus hijos y "madre-virgen" o en la vivencia comunitaria con otras mujeres por amor a Cristo.

San Gregorio de Nisa aplica estos conceptos a su hermana

Macrina, que corrió hacia el premio eterno, serena aun en las desgracias humanas y capaz de animar a las demás en el dolor. Macrina, con su madre Emelia, están en una misma escuela de ascética; la primera es discípula de la madre en las cosas domésticas y maestra en las cosas espirituales, enseñándole a rezar, a meditar la divina Escritura. La casa se transforma en una escuela de trabajo, oración y meditación de la Biblia: la madre cuida el alma de su hija, y ésta del cuerpo de su madre (Ver cap. 5).

Si la mujer fue la causa de la perdición del hombre, simbolizando la debilidad del hombre bíblico, es ahora la causa de su salvación (san Agustín, *Comentario al Salmo 48*, 1,6). Cada mujer lleva en sí misteriosamente la presencia de Eva y de la Virgen María y, según como ella viva su vida, reproduce con más evidencia el misterio de una de las dos mujeres. Reproduce la vida de Eva o la de la Madre de Dios. La primera, ligera, mundana, tentadora, destructora; la segunda, salvadora, guía, camino y fortaleza para el hombre (san Clemente Alejandrino, *Pedagogo*, 10-11; san Gregorio Magno, *Comentario a Job* 14,99.57). Las mujeres fueron las privilegiadas en la participación del misterio de la salvación, desde la anunciación hasta la resurrección, ascensión y venida del Espíritu Santo (Orígenes, *Comentario a san Juan*, 13,29.179; san Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 14,12).

La mujer tiene la imagen ejemplar en la Virgen María para armarse de coraje, valentía, estoicismo cristiano que le permite superar el dolor... La Madre de Dios es "madre-virgen", ejemplo para la mujer cristiana, que consiste en la asidua oración, meditación de los textos Sagrados, contemplación, castidad perfecta, pureza de corazón y mente. Es madre en cuanto pueda donarse, transmitir la riqueza espiritual, como maestra, catequista; es virgen porque conserva en total pureza las verdades de Dios (san Jerónimo, *Carta* 107). Ella llega a la capacidad de ser directora y madre-guía de las demás hermanas que desean seguir su camino de perfección (*Vida de los Padres del desierto*, V, 19,19). Muchas mujeres han llegado al alto grado de perfección (Macrina, Olimpiade, Elena, Olga, Irene, Eufrasia, etcétera).

Ellas son madres evangelizadoras en la familia y en la Iglesia. Podían imponer las manos sobre las cabezas de los enfermos (*Didascalía* 3,8) e instruir a mujeres catecúmenas (*Constitución Apostólica* 2,36). El ejemplo de Procla, Pentadia, Anastasia, Lampadia, Teosobia y

⁸ *La femme (les grands textes des Pères de l'Eglise)*, F. Quere-Jaulnes, París, 1968.

otras desconocidas⁹ que han dado su vida por la Iglesia. La mujer en el cristianismo es revalorizada en las características femeninas. En el plano ético y moral, la mujer se eleva y supera aun la propia naturaleza y se compara al hombre. Ella, con su fuerza intelectual y voluntad se vuelve imagen de la madre, dedicada a los hijos para la educación humana y cristiana. Tenía derecho a la participación, a la celebración de la Eucaristía con el "velo", símbolo de su sacralidad, de escuchar y meditar la palabra de Dios en el templo y luego ser la evangelizadora en la casa, con su esposo, hijos y personal de servicio.

En el cristianismo, ella no está condenada exclusivamente a la vida matrimonial; puede liberarse y elegir una nueva vida, vivir la "virilidad" femenina, consagrarse a Dios. Ella se diferencia en cuanto a la naturaleza, pero no en el campo espiritual y moral, cuando con firmeza comienza a dedicarse a la vida interior. De la vida mundana pasa a buscar la vida de la "filosofía cristiana"⁹.

VI. La mujer, evangelizadora en la familia

Los Padres, defendiendo la validez del sacramento del matrimonio cristiano en la Iglesia, como indisoluble hasta la muerte, han dejado una inmensa temática sobre las responsabilidades de los esposos en la educación de los hijos, en total igualdad. Los esposos asumen la mutua responsabilidad de fidelidad recíproca, la igualdad de la mujer en el campo civil y espiritual. El hombre es consejero espiritual de la esposa. La esposa es la muestra y la madre de los hijos. No es suficiente ser madre, generar hijos; es necesario, para ser madre, la educación de los mismos (san Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Tes.*, 5,5). La esposa es además educadora de su esposo: "salvar el alma de aquél con quien se convive, aceptando las dificultades y problemas del esposo", "la mujer virtuosa atrae al esposo a la realidad" (san Juan Crisóstomo). La mujer tiene que ser virtuosa, no fácil, licenciada, amante de los vestidos y del maquillaje (ver Tertuliano, san Agustín, Clemente Alejandrino, san Gregorio de Nisa, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio)¹⁰.

Los Padres han tendido dos líneas hacia la mujer: un discurso para la casada, y otro para la virgen que se consagraba a Dios. La primera, fiel amiga y compañera del marido, educadora de los hijos y en plena

⁹ A.M. MALINGREY, *Philosophia*, Paris, 1961.

¹⁰ *La teología dei Padri III*, Roma, 1945, pp.322-394.

vivencia de los consejos evangélicos para no caer en las tentaciones del mundo. Ella también tenía que cuidar a los enfermos, visitarlos, dar de comer a los pobres, peregrinos, visitar a las viudas, a los niños huérfanos; en una palabra, dedicarse a las obras de misericordia hacia el prójimo. Los Padres no dejaron de exhortar a los esposos a responsabilizarse por los hijos; “los padres responderán ante Dios por los pecados de los hijos, porque son asesinos espirituales de sus propios hijos” (san Agustín, *Cartas*, I, 98,3). De los escritos patrísticos, surge el mensaje para la mujer en la familia. Ella, vistiéndose de las virtudes cristianas, despojándose primeramente de los vicios mundanos, recibía la misión de Dios en la educación de los hijos y aun del marido. La madre es el corazón de la familia, el sacerdote de la iglesia familiar.

VII. Los ministerios de la mujer evangelizadora en la Iglesia

Las mujeres acompañaron al Señor (Lc 8,1-3), permanecieron en la oración con la comunidad apostólica (Hch 1,14); y bajo la cruz con la Virgen María (Mc 15,40-41). San Juan Evangelista, con gran respeto, narra la presencia de las mujeres y de la Madre de Dios (Jn 2,4; 19,26). San Pablo, en sus cartas apostólicas, se refiere varias veces a las mujeres que lo acompañaban, las mujeres virtuosas, las fieles esposas, las mujeres pecadoras y las malas (Rm 16,1,3,6,6,12; Ga 3,28; 1 Co 14,34-35; etcétera).

Además de las mujeres bíblicas, comienzan a aparecer en la Iglesia las mujeres llamadas “viudas”, que tienen una función especial en la comunidad cristiana, dada por los Apóstoles. Las “viudas” en la Iglesia de los primeros siglos iban teniendo una legislación más clara en cuanto a sus funciones y responsabilidades. En el siglo III aparecen como una institución, tienen que practicar la continencia, la oración, las obras de misericordia (Tertuliano, *De exhort. castitate*, 13, 4). Ellas ocupaban un lugar especial en la Iglesia, eran merecedoras de respeto, de asistencia social, si eran pobres (Hipólito Romano, *Tradición Apostólica*, 108). Hacían votos de castidad como las vírgenes, tenían que tener más de 50 años (*Didascalia Apostolorum*). El obispo las recibe en la Iglesia (san Ambrosio). Además del “orden” de las *viudas*, se conocían profetisas, vírgenes canónicas, diaconisas (san Clemente Alejandrino, *Stromata* 3.6, 53)¹¹.

¹¹ M.G. MARA, “Le funzioni della donna nella Chiesa antica”, *Revista de pastoral litúrgica*, 19.2.1981, pp.5-16; AA.VV., *Dizionario Patristico e di antichità cristiana*, Monferrate, 1983, Vol. 1, pp.1033-1035.

Un ministerio muy conocido en la Iglesia primitiva era el de las *mujeres diaconisas*. Colaboradoras del obispo en los servicios sociales, prontas a la obediencia, se dedicaban a visitar a los enfermos, a los inválidos, viudas, huérfanos, etcétera. Estaban al servicio de la Iglesia y tenían una función especial en el bautismo de las mujeres, en la unción con aceite, etc.; también, en la catequesis. Las diaconisas no podían bautizar, ni enseñar públicamente. Ellas eran "honradas por todos como tipo de la presencia del Espíritu Santo" (*Didascalia Apostolorum*, III, 25, 1-13). Tenían que ser reservadas, discretas en el hablar y observar, amables, equilibradas, no podían tomar decisiones sin la autorización del obispo (II, 25, 1-2). No era una institución de orden divino, sino de asistencia a los pobres, enfermos, abandonados, y al servicio del obispo (san Clemente Alejandrino, *Pedagogo*, 1, 4, 1-2; Orígenes, *PG* 11,878)¹².

Desde los tiempos apostólicos, en la Iglesia se comenzó la práctica de la castidad, de la virginidad entre los hombres y las mujeres, renunciando al mundo, consagrándose a Dios, imitando el ejemplo del Señor y de la Madre de Dios. La práctica de la continencia sexual era una forma de vida, un medio ascético para liberarse de las preocupaciones de la familia y del mundo, para dedicarse solamente a las cosas del Señor. Era un carisma cristiano, no temporal, sino para siempre (san Justino, *I Apología*, 15; ver las *Epístolas clementinas I y II*, BAC, Padres Apostólicos).

La virginidad, como forma de vida, se entiende perpetua y no temporal, como la de las vestales. La virginidad interior y espiritual es abrazada por amor a Dios y la vida eterna, donde no habrá más matrimonios (san Ambrosio, *Sobre la virginidad*, 13). Las vírgenes que emitían su consagración en manos del obispo, renunciaban a los bienes temporales, a la riqueza, al lujo, a los vestidos superfluos, a las vanidades, a la participación en banquetes, a frecuentar los baños públicos. La que profesa la virginidad se pone en estrecha relación con el Señor (2 Co 11,2), con el reino de Dios que comienza ya en la mujer que se consagra a esta forma de vida ascética.

La virginidad es un carisma excelente, pero es necesario cuidarla para no caer en el orgullo, la vigilancia, la oración y la contemplación divina (san Ignacio, *Carta a Policarpo*, 5, 2). La mujer que renuncia al matrimonio está más cerca del Espíritu Santo, de Dios, es esposa de Cristo (Tertuliano, *Sobre las vírgenes veladas*, 16,4; ver san Ambrosio, *Sobre la virginidad*). Velarse significa hacer la profesión de

¹² H. JEDIN, *Historia de la Iglesia I*, Herder, 1966, pp.452-453.

virginidad (san Ambrosio, *Sobre la virginidad*, 39). Los Padres de la Iglesia, inspirándose en la persona de la Madre de Dios, enseñaban que toda mujer que profesa la *virginidad*, es también *madre*. Aunque renuncia a la familia, al matrimonio, conserva en su mente y su corazón el misterio divino. Es madre, aunque no tenga hijos carnales; vive, practica y comunica al prójimo la revelación divina, generando hijos espirituales para Dios¹³.

La débil mujer, viviendo en perfecta castidad, purificada, fortifica el alma hasta llegar al estado de los ángeles: una vida que prefigura la eternidad en la Santísima Trinidad. La muerte de la virgen no es otra cosa que el pasaje de lo temporal a la eternidad, hacia el Señor, al cual no ha dejado de buscar durante toda su vida. La muerte es una fiesta¹⁴. Los Padres ven el matrimonio y la virginidad como dos estados en la Iglesia que cumplen la función de la providencia, porque tanto la mujer casada como la virgen están llamadas por el Señor a ser santas (san Clemente Alejandrino, *Stromata*, 3,86, 1-88,2.3). La mujer madre está obligada a la familia, a los hijos y no es libre de dedicarse completamente al Señor, pero es una obligación temporal, provisoria, por lo tanto es aconsejada la práctica de las virtudes evangélicas, la castidad y la pureza de la mente (Fulgencio de Ruspe, *Regla de la verdadera fe*, 3,43-44; Pastor de Hermas, 1, 4, 3; san Agustín, etcétera.). Las vírgenes estaban generalmente bajo la tutela del obispo o de un sacerdote delegado y vivían comunitariamente, bajo la dirección de una "matrona" (maestra experimentada en la vida religiosa). Otro tipo de vivencia de mujeres atletas de Cristo, eran las "anacoretas" o solitarias. San Juan Crisóstomo comenta sobre la forma de vida de mujeres en los desiertos: "No sólo entre los hombres triunfó esta vida, sino también entre las mujeres. Y, en efecto, no menos que aquéllos *filosofan éstas*. Común les es con los hombres la guerra contra el demonio, muchas veces las mujeres han luchado mejor que los hombres y han obtenido más brillantes victorias" (san Juan Crisóstomo, *Comentario al Evangelio de san Mateo*, 8,4). Eran mujeres solitarias que luchaban contra las tentaciones (*Apotegmas de los Padres*, Besarion, 4; *Amma Sanna, Amma Sinclética*, etcétera.). Aunque san Pablo prohibía a las mujeres hablar en la Asamblea litúrgica (1 Tm 2,12), los Padres del monacato consideraban a ciertas

¹³ *Introducción al convite* de Metodios Olimpo (SCH 95); Gregorio de Nisa, *De virginitate* (SCH 125); Ch. Munier, *Mariage et virginité dans l'Eglise ancienne*, 1987, pp.51, 57, 146 y ss.

¹⁴ A. ORBE, *Introducción a la teología de los siglos II y III*, Salamanca, 1988, pp.269-317.

mujeres como *Amma* (madre) para transmitir el mensaje espiritual a las discípulas, algo propio de los santos Padres espirituales (*Historia Lausiaca*, 33)¹⁵.

VIII. *La mujer en búsqueda de la verdadera "filosofía"*

"Filósofo", para los griegos, particularmente para los estoicos, era considerado el hombre perfecto. Su género de vida se llamaba "filosofía". Los monjes y los ascetas orientales cristianos se habían apropiado de esta terminología y del uso de los términos técnicos con que se designó su vida en la antigüedad. Fue el de la "verdadera filosofía". Los monjes se convertían en "filósofos", o en "verdaderos filósofos", para distinguirse de los "pseudo-filósofos" paganos. Los cultivadores de la "filosofía" externa, la filosofía del mundo, la filosofía vana, eran considerados peligrosos para los monjes. Sozomeno decía de san Antonio, "filósofo celoso", "inauguró la filosofía excelsa y solitaria entre los egipcios" (Sozomeno, *Historia eclesiástica*, 1, 13, 6,33). Los monjes eran llamados "filósofos" y los monasterios, "escuelas de filosofía", donde se enseñaban las doctrinas de la "filosofía suprema". Este vocabulario fue muy empleado entre los monjes y pensadores orientales, menos conocidos en el mundo latino. San Basilio, san Gregorio de Nisa y otros, emplearon muy corrientemente este concepto para indicar una ciencia y arte de vivir.

La filosofía cristiana enseña el conocimiento de sí mismo, la ponderación, la serenidad, el desprendimiento de las cosas materiales y de sí mismo; cómo combatir los vicios y en su lugar practicar las virtudes (*Filocalia*). Conduce a la vida del Señor, de los Apóstoles, de los profetas y santos; los monjes tienen que someterse completamente a la dirección del maestro espiritual, "el verdadero filósofo", el hombre que "se ciñe a filosofar rectamente, aprendiendo a rechazar todas las delicadezas de la vida, a sobrellevar las fatigas y dominar eficazmente las pasiones" (san Nilo de Ancira, *De monástica exercitatione*, 8). En otro lugar escribe: "El deseo espiritual de la filosofía hace que unos renuncien a las cosas sensibles y aun a los mismos sentidos, elevando la mente a las alturas y encaminándola a la meditación de las cosas inteligibles, por las que los unen a Dios de modo que ya no pueden separarse de El" (*Ibidem*, 3).

La perfección del monje es llegar a alcanzar la "verdadera filosofía", que es la verdadera riqueza, la verdadera gloria, el verdadero poder y la

¹⁵ G.M. COLOMBAS, *El monacato primitivo*, vol. I (BAC 152), Madrid 1974; *Apotegmas de los Padres del desierto*, pp.163, 168-172 y ss.

verdadera felicidad, porque es libre de la codicia insaciable de los bienes terrenos y se contenta con muy poco; lo que les resta sirve para ejercitar la caridad y la verdadera fortuna imperecedera, que son las virtudes; es señor de las pasiones; habla con franqueza a los poderosos y lo escuchan; socorre a los pobres y marginados; evangeliza con su ejemplo, palabra y oración; se siente dichoso de la felicidad espiritual que es infinitamente superior a los placeres mundanos (san Juan Crisóstomo, *Contra aquellos que impugnan la vida monástica*, 2). La verdadera filosofía que los hombres y las mujeres buscaban era la que se lograba mediante el esfuerzo heroico de practicar los consejos evangélicos a la perfección, la renuncia total y completa a todas las cosas y a sí mismo, para sólo amar y servir a Dios, tratando de superar la mediocridad de los cristianos de su época.

IX. Macrina, maestra de la "verdadera filosofía" para la mujer

La búsqueda de la verdadera filosofía no fue una exclusividad de los monjes que se retiraban en los desiertos y en los monasterios, donde, librándose de las pasiones, se dedicaban a la contemplación: las mujeres también intentaron esta forma de vida. Entre ellas, estuvo sin duda santa Macrina. San Gregorio de Nisa¹⁶⁶ hermano de Macrina, fue quien dejó a la posteridad una descripción de la vida espiritual de la santa. No es una serie de datos y fechas, sino el camino para conseguir la verdadera filosofía cristiana, como él mismo dice en su obra. Gregorio,

¹⁶⁶ San Gregorio de Nisa no fue un extraordinario administrador y legislador monástico como su hermano san Basilio, ni un predicador como su amigo Gregorio de Nacianzo. Pero como teólogo especulativo y místico fue el mejor dotado de los tres grandes padres de la Capadocia. Nació hacia 335. Después de haber sido lector en la Iglesia, se decidió por una carrera mundana y contrajo matrimonio. Luego abandonó todo y se retiró al monasterio del Ponto. En el otoño del 371 fue elevado a la sede episcopal de Nisa. No tuvo éxito en la actividad pastoral ni en la administración, por lo cual fue acusado por obispos arrianos. Volvió con gran triunfo a su diócesis; luego fue trasladado a Sebaste como arzobispo (380). Participó del concilio ecuménico de Constantinopla. La última vez que apareció Gregorio fue en el año 385. Murió probablemente ese mismo año.

Macrina, hermana de Gregorio, de Basilio y Pedro, murió en diciembre del 375. Vivió con su madre y otras mujeres en el convento situado a orillas del río Iris. Dotada de un admirable conjunto de dones naturales y sobrenaturales para la dirección de mujeres entregadas de todo corazón a Dios y al prójimo. S. Gregorio de Nisa, *La vida de s. Macrina*, Milán, 1988, pp.26-41; J. Quasten, *Patrologia II* (BAC 217), Madrid, 1978, pp.282-331.

tomando la vida concreta de su hermana en su discurso, describe cómo la mujer puede llegar a la perfecta vida interior (“filosofía”).

A causa del pecado, el hombre tiene herida la imagen de Dios y debe recuperarla. En el camino de la vida peregrinante, la función principal de todo hombre es recuperar la amistad con el Señor. Es necesaria la purificación interior, de la mente y del corazón; el esfuerzo de cada día, que con la ayuda divina logra el estado de serenidad y tranquilidad (*apatheia*). El camino realizado por Macrina es la *metanoia*, conversión interior, la lucha sin tregua hasta obtener la *hesychía* y luego la *theoria*, contemplación. Los propósitos de Macrina, descritos por Gregorio: renunciar a los bienes terrenos, superar las propias dimensiones femeninas, llegar a la imperturbabilidad.

La vida es una continua búsqueda de Dios, un completo abandono a su santa voluntad: dominio del espíritu sobre la carne y las pasiones. Para progresar en la filosofía interior, hace falta un cambio completo de personalidad en lo que tiene de negativo. No es destruir la femineidad, sino enriquecerla con la fortaleza de la lucha, de modo tal que pueda enfrentar las dificultades, los dolores, los fracasos de la vida con coraje y serenidad.

Gregorio ejemplifica en su hermana el modelo de la perfecta santidad femenina. Macrina realiza en sí la transformación de su ser, lo purifica, lo perfecciona mediante la práctica de la *filosofía*. Es madre de su madre en las cosas espirituales y es hija de su madre en las cosas temporales. La madre se pone bajo la tutela de su hija, junto al personal de servicio, y todos forman una comunidad familiar en igualdad de hermanas. La belleza corporal de Macrina se enriquece con la espiritual; sacrifica la corporal para llegar a la mejor, que es la interior. La belleza física es para Macrina sombra del alma. Su vida es mortificación, donación, oración, estudio y meditación de la Sagrada Escritura, junto a su madre y hermanas en la fe; todas viven el espíritu angelical (Ver cap. 7).

Macrina, como toda mujer, es frágil, pero por su unión con Dios llegó a un estado de imperturbabilidad, serenidad y coraje interior tales que aun en los advenimientos luctuosos de la familia permanece en aquella estoica serenidad cristiana; hasta para su madre fue madre de tranquilidad y fuerza, ante los dolores de la familia. En ella prevalece la fuerza interior de racionalidad, dominando el sentimentalismo; triunfa la fortaleza interior ante el dolor humano. Macrina es la luz para que las mujeres lleguen a la verdadera vida interior, liberándose de todo lo externo que perturba las serenidad de la mente y del corazón. La vida humana enriquece con la espiritual (Lc 20, 36).

Otro tema: en el momento de la muerte de Macrina, Gregorio quiere hacer resaltar la luz de su cuerpo, inspirándose en Cristo-Luz (Jn 1), en el momento de la transfiguración y la resurrección de los cuerpos (Mt 17,2-5; Hch 9,3; 12, 1; 2 Co 4,4-6; Jn 1,4)¹⁷.

A manera de conclusión

El tema de la mujer evangelizadora en el pensamiento de los santos Padres de la Iglesia es tan amplio y variado que es difícil querer sintetizar en unas pocas líneas la riqueza de siete siglos de historia. Pero nos permite acercarnos al misterio de la mujer cristiana, descubriendo que es igual al hombre ante Dios y tiene una misión muy importante, dada por el Creador. La mujer, superando la imagen negativa de Eva pecadora, camina detrás del ejemplo de la Virgen María, construyendo su personalidad humana y religiosa.

Los Padres, descubriendo la riqueza espiritual de la mujer, del estado de inferioridad y fragilidad, primero la evangelizaron para que luego sea ella la evangelizadora en la familia, en la sociedad, en la Iglesia. La predicación de los Padres no pretendía cambiar el estado natural de la mujer, hacerla en su antropología igual al hombre, como hoy en ciertos lugares se pretende, sino que, en su estado de mujer, de su carisma femenino, según las leyes divinas, ella se realiza a la par del hombre. La "mujer-virgen-madre" es una lámpara llena de dones espirituales y humanos. Ella, buscando la verdadera filosofía cristiana, no tiene por qué encerrarse en un convento, sino caminar a la par de su esposo y guiar a sus hijos por el sendero seguro, para cumplir la hermosa misión que Dios le ha encomendado en la sociedad actual.

Las santas mujeres han dejado una hermosa riqueza para la mujer moderna que, con los principios de las mujeres filósofas, podrá tal vez frenar la locura del hombre moderno, alejar a la humanidad del abismo de la destrucción y mostrarle las verdades humanas y cristianas que hermanan a los hombres para "amar con todo el corazón, con toda la mente..."¹⁸.

LUIS GLINKA

¹⁷ G. NYSSE, *Vie de Sainte Macrine* (P. Maraval), París, 1971, SCH 178; J. Galot, "Donna della Chiesa", en *Dizionario di Teologia*, A. P. 1977, pp.336-348.

¹⁸ *Decreto sobre el Apostolado de los seglares*, n.11.26. ed.: AA.VV. *Evangelización y liberación*, Buenos Aires, 1986.